

HISTORIA DE UNA MARRANA

Corrían los años de la posguerra, quizás 1.944 o 1.945. En Getafe, entre las familias de obreros y trabajadores del campo, había todo el hambre del mundo y toda la miseria de un pueblo destrozado por una guerra, aún reciente y sin cicatrizar.

Cada cual se quitaba el hambre de encima como podía y Dios le daba a entender, aunque Dios por entonces estaba ocupado en otras cosas. No había más que ver el Auxilio Social de Getafe cada día.

En los campos hacía falta mano de obra, para poner en orden las vides y hacer que los campos diesen trigo y cebada, donde antes solo hubo pólvora y metralla.

Algunas de las nuevas industrias que se habían instalado ya en Getafe (p.e. Telefunken) también necesitaban mano de obra para sacar adelante su producción y otras como CASA empezaban a tener más trabajo, tras su recomposición industrial. Otras industrias recomponían sus estructuras para sacar adelante su producción y se reorganizaban.

En Getafe había una calle y hoy también la hay, la de La Manzana, donde vivían familias de obreros en su mayoría, cuyos vecinos conocían la vida y milagros de cada convecino, mejor que la suya propia. Por entonces las mujeres salían a la puerta de su casa, con sus sillas bajas con el asiento de enea, al atardecer, cuando ya el sol no quema. No voy a ser yo el que cuente todo lo que allí se decía, mientras hacían labores, remendaban pantalones, zurcían sabanas o calcetines o calzoncillos.

Se llenaba un cubo de agua y con la mano en forma de cuenco, se regaba la puerta de la calle de cada uno para que no se levantase polvo y a sentarse y a ver pasar al personal.

En el nº 4 vivían mis abuelos y sus siete hijos, dos varones y cinco hembras (Lucia, Ángel, Lucio, Matilde, Elvira, María Luisa y Mercedes), una burra y muchos tiestos, en su mayoría geranios, que le encantaban a mi abuela, a los que la burra hincó el diente más de una vez, con gran disgusto por parte de mi abuela y gran bronca para mi abuelo, por no cerrar bien la puerta de la cuadra de la burra.

En el nº 6 vivían Boni (Bonifacia) la Traviesa y su marido el Sr Fermín con sus tres hijos, una hembra y dos varones (Pilar, Fermín y Gaspar) y otra familia, la de la Señá Patricia que tenía dos hijas llamadas Carmen y Angelita.

Frente a ellos vivía "la tía Jesusa" con su marido, en el nº 3 o en el nº 5, que durante muchos años vendió chucherías con un carrito en la Plaza Palacio, al lado de los restos del cine Madrid.

Un poco más arriba, en la acera de enfrente, en el nº 9, vivía una familia a la que llamaban Los Toribios, que tenían tres hijos, Julián, Carmen y Angelines.

Al lado de ellos y en la misma acera la mujer de un primo hermano de mi abuela que había tenido que huir a Francia, pues había sido soldado o comisario republicano, que dejó a la mujer con tres hijos y si te he visto no me acuerdo; había rehecho su vida en Francia.

En la acera de los pares, un poco más arriba, vivía un sobrino de mi abuela, Ángel (hacia el nº 12 o 14). Bueno, él no vivía, quien vivía era su mujer, a la que familiarmente conocían como La Borogaña, pues él estaba entonces en la cárcel. Veinte años de cárcel por llevar como conductor de un automóvil a un cura a la Base Aérea, cura que no murió, ni nadie mato, pues apareció algunos años después vivito y coleando.



Enfrente de ella (La Borogaña) vivían los Salido, otra familia de Getafe. La familia no tuvo suerte con uno de los hijos que se había casado con una chica que por desgracia cogió la tuberculosis y estando enferma se quedó embarazada y dio a luz una niña, muriendo poco tiempo más tarde, había tenido dos hijos más anteriormente, su marido tiempo más tarde, cayó en una profunda depresión y la adicción al alcohol acabó también con él. Esa niña, tiene hoy día mis años y fue elegida para ser fotografiada y hacer un sello de Correos. Aparece en un sello protuberculosos de España de los años 50 (1953), encima de una camilla, con una enfermera atendiéndola. Que yo conozca, es la única persona, junto con la Familia Real y Franco en su tiempo, que ha aparecido viva en un sello de correos. Esa niña es de Getafe, se llama Concepción Salido y hoy día vive en Parla,

casada con un andaluz.

También vivían, por el nº 7 o así, Lina y su hermano Paco, uno de los últimos pastores de Getafe que estuvo con su rebaño hasta hace muy pocos años. La hermana se dedicaba a limpiar casas, tiendas y una farmacia de Getafe. Allí ha vivido Lina hasta su muerte, hace unos dos años y su hermano aún sigue viviendo allí.

En el nº 8 vivía la familia de un marmolista que hacía lapidas para las tumbas del cementerio, por cierto las hacía con burel y martillo, nada de maquinillas.

Un poco más arriba vivía el alguacil, con el que apenas tenían contacto.

Al final de la calle había una taberna, donde yo iba a por el vino y La Casera, que se llamaba La Campanilla. El negocio familiar siguió en otra calle de Getafe y aún existe el almacén.

Por cierto y viene al caso, en Getafe no había otros desagües, por entonces que el cacerón grande y el cacerón chico. La inmensa mayoría de casas vertían sus aguas negras en pozos ciegos y había que tener sumo cuidado en que no se llenasen o tardasen bastante en hacerlo, pues vaciar un pozo, por entonces costaba bastante dinero y primero había que comer.

Casitas bajas del XVI o XVII, con una o dos alturas, con patios, cuadras y pajar como la de mis abuelos, de alquiler por supuesto; no se podían permitir poseer una propiedad y siendo siete en casa, menos todavía.

Cierto día, los vecinos de mis abuelos, que vivían en el nº 6, tuvieron mala suerte de que el pozo negro se llenase y hubo que llamar al pocero. El pocero vivía cerca, en la calle que con vuelta a la de la Manzana, hay tras la Iglesia de San Eugenio (Calle de la Cruz). Se llamaba Juan y le llamaban "Juanito el pocero".

Por entonces no había camiones con bombas que succionaran la porquería y se la llevaran, sin más. Entonces había que sacar la porquería a cubos y llevársela en carros. El ambiente quedaba de lo más "perfumado".



De todos es conocido que en la calle de La Manzana, la mayoría de sus antiguas casas, tenían corrales y cuadras, unas más pequeñas y otras más grandes. Había quien tenía su burra, para ayuda en las labores del campo, había quien tenía gallinas o conejos y también había quien tenía su marrano o marrana, al que cuidaban y trataban con esmero para hacer su matanza y tener provisiones durante mucho tiempo. Los más pudientes tenían hasta varios pares de mulas y sus carros, arados y pajares.

Recordemos que estamos entre 1.944 y 1.945. A unos cinco años de una guerra civil.

Al pocero, no sé si entonces era novato o fue un acto reflejo y totalmente inconsciente, no se le ocurrió otra cosa que abrir el pozo y asomarse a la boca con una vela encendida, para ver hasta donde llegaba su nivel, que según parece, no veía.

La explosión de los gases acumulados fue apoteósica, el pocero apareció lleno de mierda hasta arriba y solo se le veían los ojos. El vecindario despavorido no sabía dónde meterse, pero a pesar de todo, algunas mujeres seguían sentadas en sus sillas con las labores que hacían, entre las manos, sin duda sorprendidas, pero sin reaccionar aun.

Un tío mío que había encontrado por el campo una bomba de mano de la guerra y la había tirado al pozo negro, dijo: ¡La bomba! ¡La bomba! ¡La bomba ha explotado! Pero hubo suerte, la bomba no explotó nunca, habían sido los gases del pozo negro del vecino.

De pronto y casi derrumbando la puerta del nº 6, salió entre las sillas de las mujeres, la marrana para la matanza. El animal que estaba atado a la pared con una argolla y una cadena, se asustó con la explosión, arranco la cadena y salió zumbando a toda velocidad. En su despavorida huida la cadena iba arrastras y se enganchó en las patas de la sillas de las mujeres, a las que tiro por los suelos, piernas al aire y faldones, refajos y faltriqueras al viento. Como alma que lleva el diablo la marrana corría y corría, calle de La Manzana arriba.

Boni, La Traviesa, su dueña, desde el suelo decía:

¡Hijos míos la marrana, corred que se nos va nuestro sustento!

Cuando reaccionaron los hijos, la marrana iba ya por La Campanilla, con la cadena arrastras, dejando un rastro con ella y levantando un reguero de polvo, por una calle totalmente de tierra, seca de ser ya verano y polvorienta.

La Traviesa lloraba y gritaba y los hijos y los demás vecinos corrían detrás de la marrana.

¡Hay Dios mío nuestro apaño! ¡Hay Dios mío que se nos va la vida! ¡Hay Dios mío que nos la van a robar!

Hay que reconocer que entonces, con la necesidad que había en todas partes, una marrana suelta, solitaria y sin control, era una tentación de lo más apetecible para cualquiera.

Transcurrieron unos minutos y al poco, aparecieron los hijos, tirando de la cadena, con la marrana en el extremo. Nunca supe a la altura de donde la cogieron. Aquí lo importante es que la cogieron.

Aquella mujer lloraba, reía, gritaba, pataleaba y todo lo imaginable. Solo le faltó besar a la marrana y no sé yo, si no lo hizo en la intimidad.

La historia de la marrana, ha sido de lo más famosa en las reuniones familiares y nos ha hecho pasar ratos inolvidables en esas reuniones. Todos los miembros de la familia la conocen y espero que a través de este relato, tan verdad como sorprendente, nunca se olvide.

Con mi más sincero y agradecido recuerdo a todas estas familias, de las que la mayoría de ellos ya han desaparecido, casi todos sus miembros, incluidos mis abuelos, tíos y padres.

Fueron hijos de Getafe, testigos de una época cruel y despiadada, tanto como los que la provocaron, que además siguieron aprovechándose de ellos.

José María Real Pingarrón, Getafe 23 de mayo del año 2013